

SEGUNDO BATALLA DE MASAYA (15-18 de noviembre de 1856)

Narrada por Jerónimo Pérez

El 15 a las doce del día los vigías dieron parte que se aproximaba al enemigo. Martínez y Zavala opinaron que se debía batir en el campo para que no tomaran posiciones entre la población. Belloso no dijo nada a este respecto. Los primeros salieron sobre el camino de Granada por donde se había anunciado al enemigo. Martínez, creyendo que la tropa que acababa de venir era la mejor, y sus armas más ventajosas, pidió a Zavala los 600 hombres y se puso a la vanguardia.

No venía Walker: era el coronel don Bruno Natzmer. La artillería marchaba a la vanguardia.

Un poco fuera de la población, en el camino más recto y flanqueado de cercas y paredones, se avistaron ambas fuerzas, como a las 3 de la tarde. Los filibusteros rompieron el fuego. Las armas de los guatemaltecos no disparaban, porque se cometió la imprecisión de no revisarlas antes del combate. Estos volvieron las espaldas con terror pánico.

Martínez cruzó la bestia que montaba queriendo detenerlos con la espada, pero en vano. El grupo era tan impetuoso que empujó el caballo sin detenerse, y esta carrera habría sido hasta la plaza, si el capitán don Tomás Blanco, el más impávido del ejército septentrional, con una compañía del batallón San Jacinto, que vio el conflicto, y subió a uno de los paredones, no les hubiese dicho: “¿General, los detengo?”. “Deténgalos como pueda” le contestó y abrió brecha en una cerca, salió adelante, y rompió un fuego nutrido e inesperado para los yankees.

Blanco cayó con ambas manos perforadas a balazos, pero los aventureros contuvieron el embate y la lucha empezó con vigor. El capitán don Luis Coronel cayó enseguida herido en una pierna, y a su lado muchos valientes del referido batallón. Contenido el primer impulso de los filibusteros, iban limitándose a la defensa. Los guatemaltecos volvieron a la carga, y se generalizó un combate tan recio, que a veces saltaba la arena en la plaza a los retumbos de la artillería.

A las 6 comenzó a apagarse, y la noche puso término a la refriega, quedando los aliados dueños del campo, porque los filibusteros retrocedieron a guarnecerse en una huerta inmediata. Muchos fueron los muertos y heridos de ambas partes; el coronel Natzmer fue de estos últimos, conducido a Granada, y Walker mismo vino a ponerse a la cabeza de sus fuerzas.

En tal situación los filibusteros estaban perdidos. Malogrado su primer impulso, tenían necesidad de retroceder hasta Granada, y ese retroceso equivalía a una derrota.

Pero el general Belloso en la plaza y censurando la conducta de Martínez y Zavala decía: “que le habían malogrado sus planes, por que él todo lo había preparado para arrollar a los filibusteros entre la población, de suerte que no iba a escapar uno, por lo cual protestaba de las malas consecuencias de dejarlos entrar a la ciudad”.

El general Chamorro acompañado del autor de estas memorias recorrían las líneas de la plaza, y habiendo llegado al cuartel del señor Beloso nos invitó para que fuésemos a donde Martínez a persuadirle que diese entrada al enemigo por las razones antedichas.

Partimos a pesar del horror de la noche: Martínez oyó la relación con el despecho habitual de su carácter, y en el momento dio orden de concentrar a los capitanes que cubrían los flancos para emprender la retirada. Aquel ejército que toda la tarde había peleado con denuedo, que deseaba volver a la lid y ya creía perseguir a los filibusteros hasta Granada, comenzó a retirarse en orden; pero a proporción que los oficiales recomendaban el silencio, se llenaba de terror. Poco después una bomba cruzó el espacio, enseguida reventó otra sobre nuestras tropas a una gran altura, y entonces éstas se desbandaron en el mayor desorden, corriendo por todas partes a la plaza cuya entrada era un verdadero peligro.

El día siguiente 16 opinaban unos que Walker había contramarchado; otros que no. El coronel Estrada, vencedor de San Jacinto, salió a explorar el campo, y todavía llegó al lugar del combate anterior, de donde percibió que el enemigo venía sobre la ciudad. Mandó un ayudante a preguntar si lo contenía y Martínez le contestó que no. Una hora después el estampido del cañón filibustero, anunció que había ocupado la plaza de San Sebastián, y desde ese momento comenzó el tiroteo constante en todas las líneas. Martínez y Zavala en despiques excitaban a Beloso que era tiempo de que concluyera con el ejército Walkerista; pero tales planes se redujeron a proponer que los guatemaltecos atacasen la retaguardia, los salvadoreños el flanco izquierdo y los legitimistas el derecho, los cuales aceptaron para que no se les inculpase de falta de cooperación.

Salieron las tres divisiones. El coronel don Cruz Cabrera que mandaba a los guatemaltecos rompió el fuego a retaguardia; mas el de los flancos no apareció, y como los salvadoreños ingresasen a la plaza manifestando que no podían penetrar a los puntos de ataque que se les designaron, fue preciso llamar con prontitud a los guatemaltecos y legitimistas empeñados en sus puntos. Después de este inútil intento los aliados se limitaron a la defensiva ocupando los filibusteros el barrio de Monimbó situado al Sur de la plaza principal, de la cual llegaron en algunos puntos hasta una cuadra de distancia.

El 17 desde muy de mañana comenzaron a incendiar algunas casas que no ocupaban, y a avanzar al Sudeste de la plaza. Martínez y Zavala salieron con dos batallones a situarse en el camino de la entrada a Masaya provocando a Walker a un combate campal; pero no salió durante el día.

El 18 el incendio era terrible, el bombardeo espantoso, pero sin éxito, pues más de 200 lanzaron tan mal dirigidas, que sólo un oficial resultó herido. Tal vez por casualidad descendieron dos sobre un edificio en que estaba el parque de los guatemaltecos; por lo cual resolvieron trasladarlos a otro. Al cruzar la plaza los soldados que llevaban a hombros los cajones, otra bomba cayó humeando en medio del grupo, e indudablemente iba a causar desgracias en la explosión, pero un soldado llamado José María García, arrojó su carga instantáneamente y arrancó la espoleta encendida al hacer el estallido. Por esta acción recibió ascenso y premios de los jefes.

Este mismo día se advirtió la tendencia de Walker al Sudeste de la plaza, y era ocupar una casa situada al oriente que dominaba mucha parte de la referida plaza, y entonces se mandó defenderla al capitán don Seferino González con 100 hombres del ejército del septentrión. Al

principio corrió un gran peligro, porque la casa era de madera y el enemigo estaba en otra contigua; pero a proporción que se parapetó pudo resistir el cañoneo más fuerte durante el día.

La noche puso término a todo esfuerzo, y Walker se convenció de que debía retirarse como “se retiró en efecto al silencio de la noche”.

Al amanecer el 19, González advirtió que los enemigos se habían marchado, y pasando a los edificios ocupados por ellos no encontró más que los rifles sobrantes, sin duda de los que habían muerto. Un oficial guatemalteco don Manuel Batres corrió sólo hasta Monimbó, y regresó a dar el parte de la retirada de los filibusteros.

Los aliados se precipitaron a reconocer el campo, y encontrando dormidos a algunos soldados extranjeros, que no sintieron el movimiento de sus camaradas, los asesinaron sin piedad. Martínez y Zavala anduvieron mucho, pero no alcanzaron a nadie y regresaron sin novedad.

Fuente: Lorenzo Montúfar. “Walker en Centro América” (2 edición, corregida e ilustrada). Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. 2000.